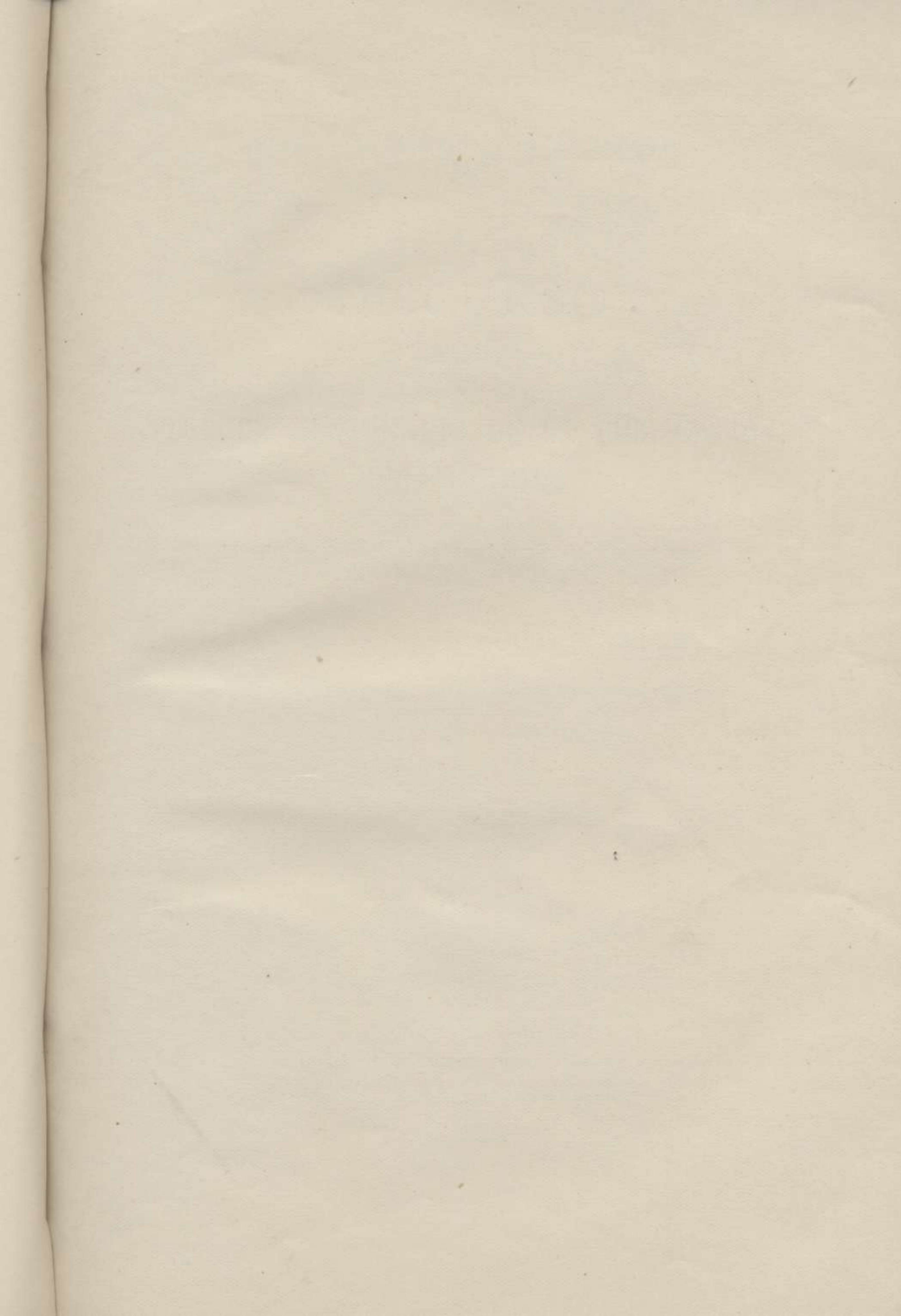


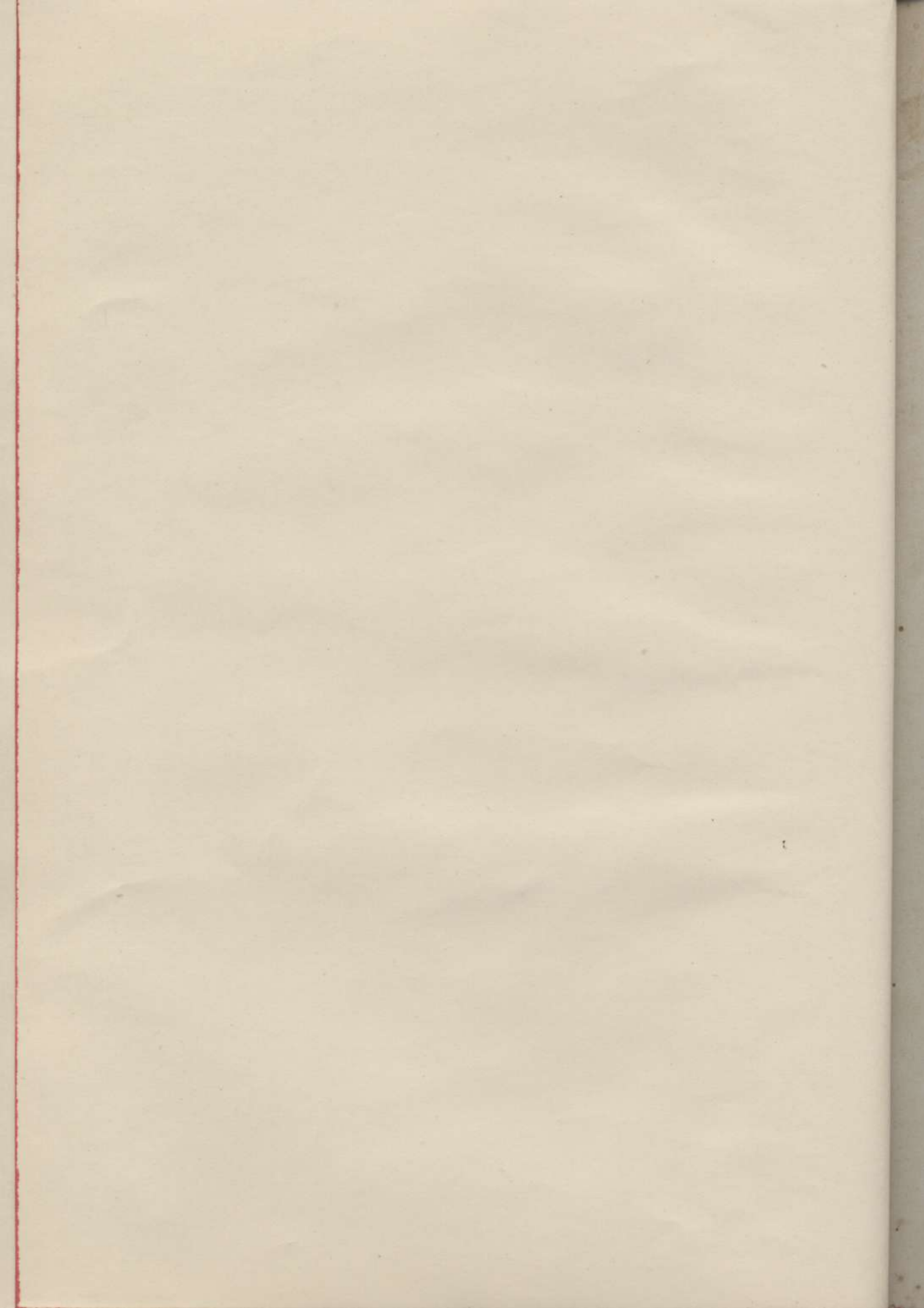


M. 1069



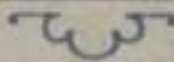








IMPRESIONES SUGERIDAS POR EL «QUIJOTE»



# DISCURSO

EN CONMEMORACIÓN

DEL

## TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL “QUIJOTE”

QUE PARA LA

SOLEMNE SESIÓN QUE CELEBRÓ LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA EL 9 DE MAYO DE 1905  
ESCRIBIÓ POR ENCARGO DE LA MISMA

EL

DR. D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

CATEDRÁTICO

DE LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS EN DICHA UNIVERSIDAD

CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



BARCELONA

TIPOGRAFÍA «LA ACADÉMICA», DE SERRA HERMANOS Y RUSSELL

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, 6; TELÉFONO 861

1905

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

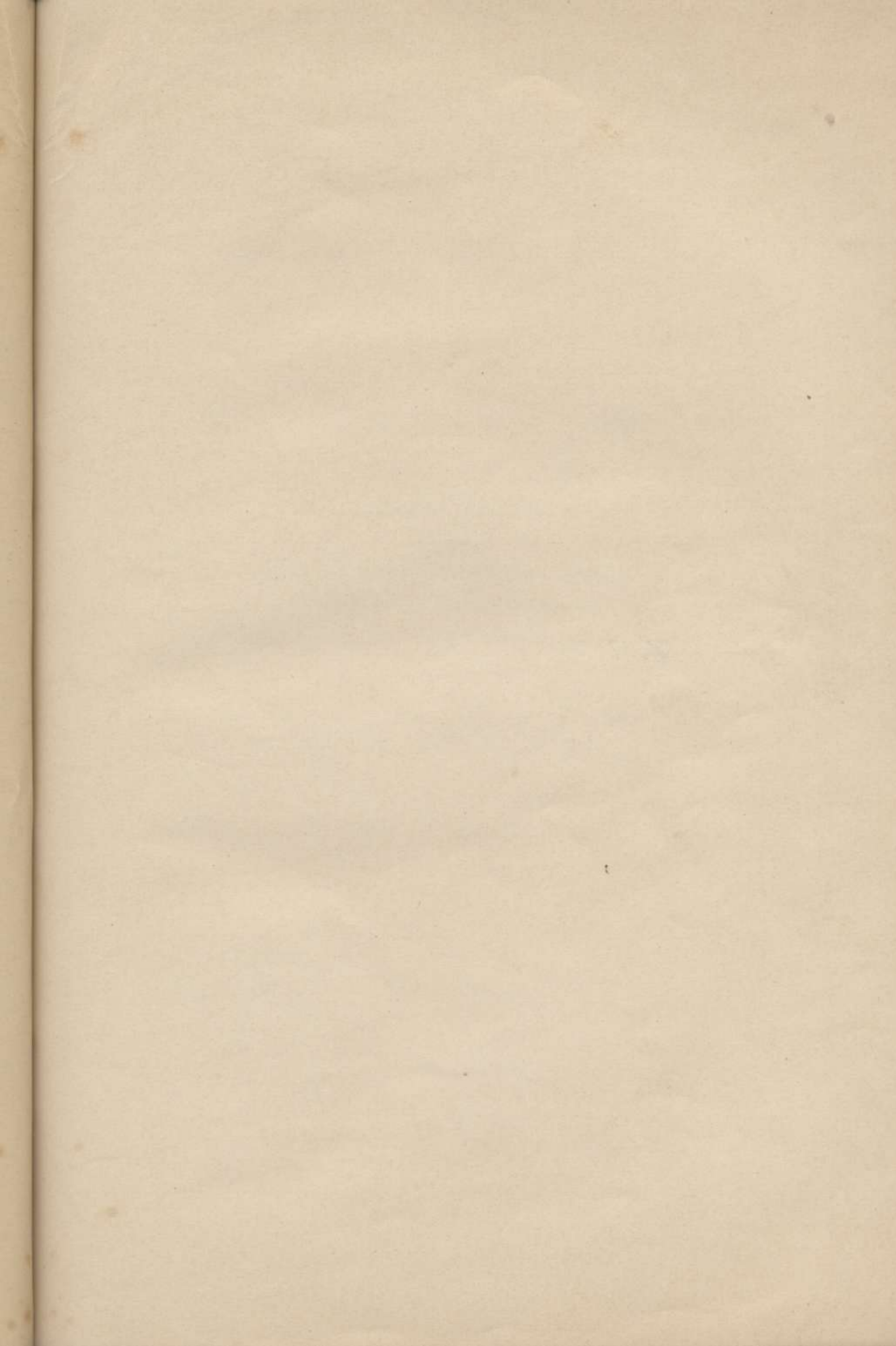
DEPARTMENT OF CHEMISTRY

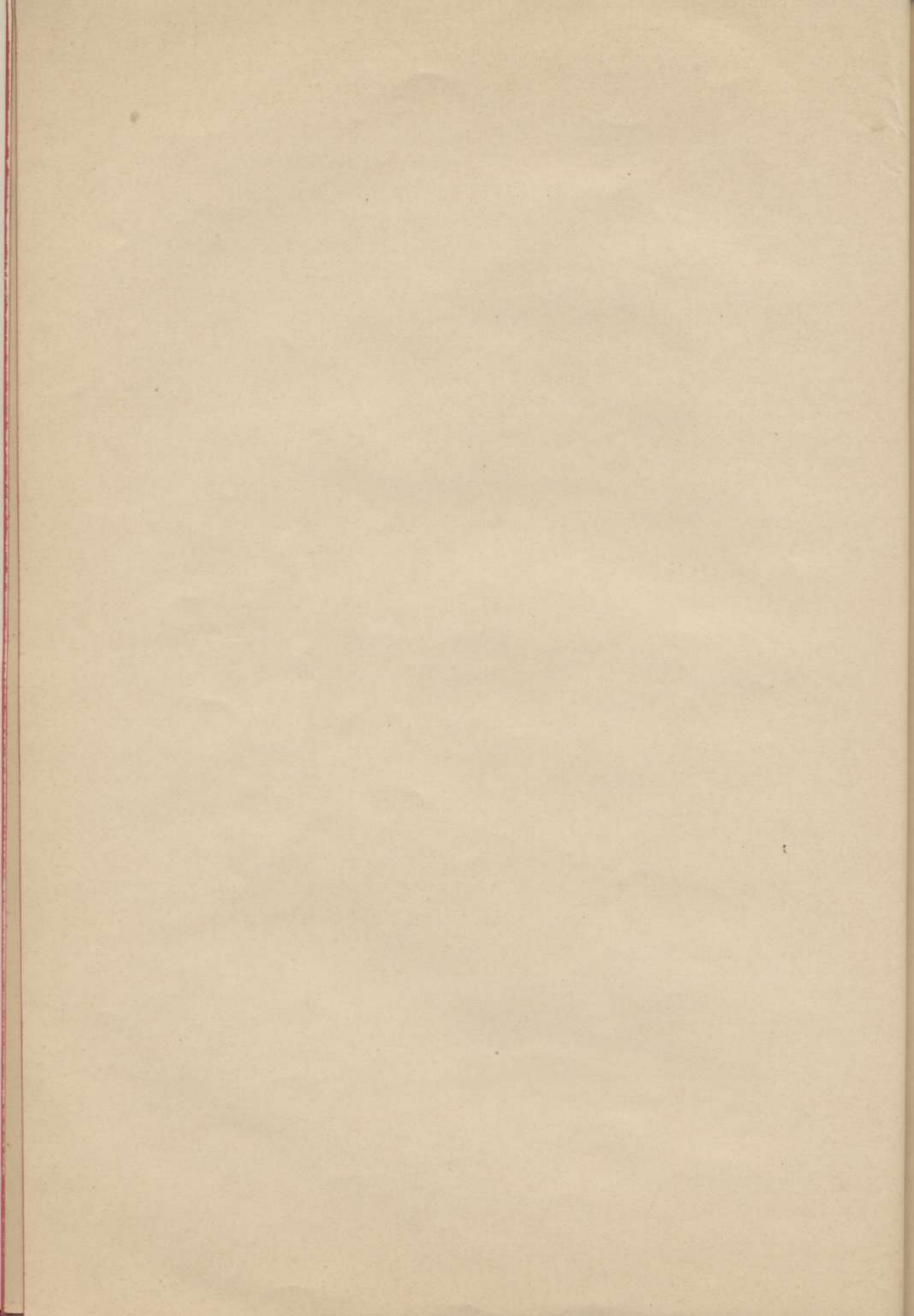
REPORT OF THE COMMITTEE ON THE REVISION OF THE

SYLLABUS OF CHEMISTRY

FOR THE B.S. DEGREE

1913-1914





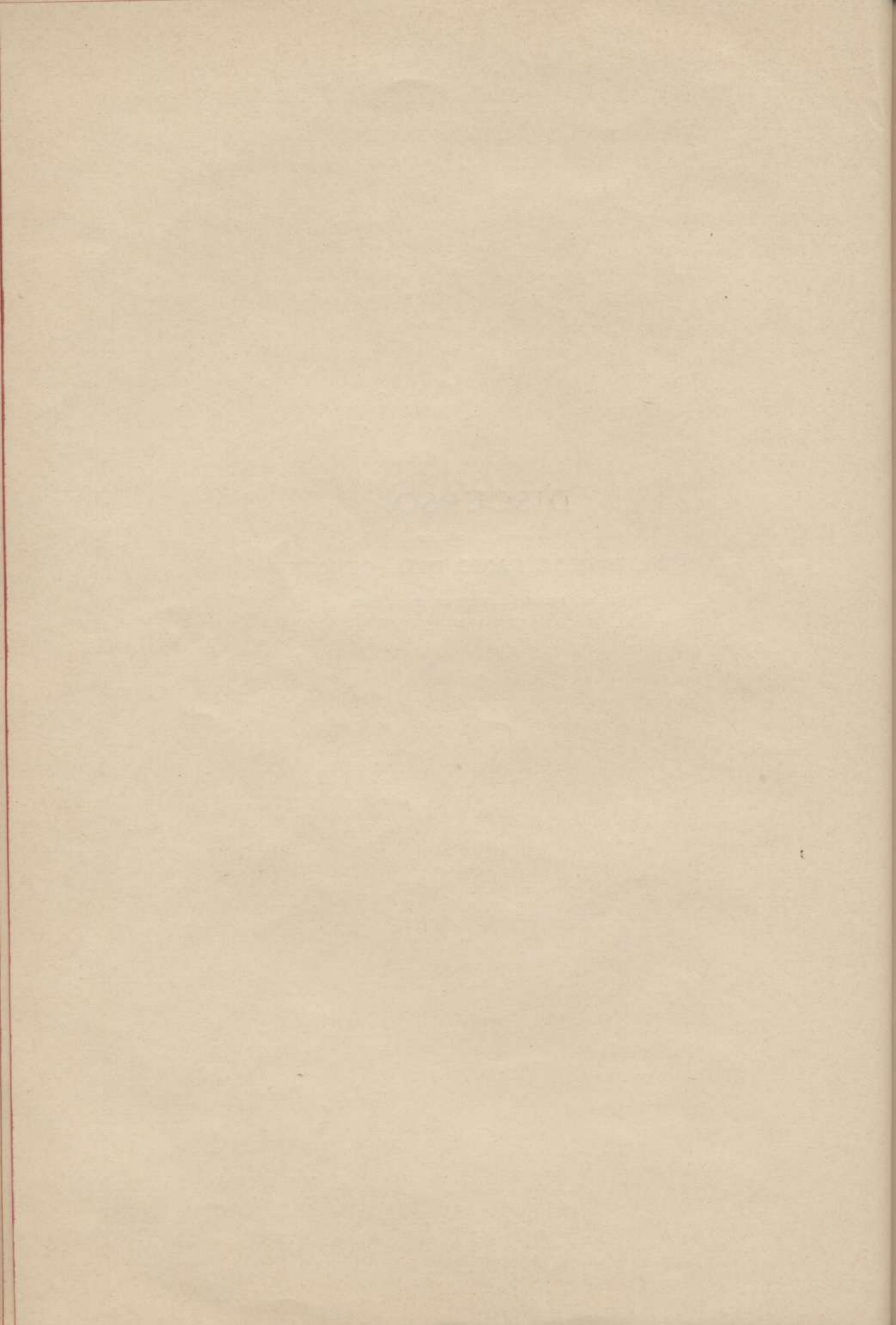
# DISCURSO

EN CONMEMORACIÓN DEL

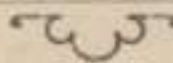
TERCER CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

LEÍDO ANTE EL CLAUSTRO DE PROFESORES

EL 9 DE MAYO DE 1905



IMPRESIONES SUGERIDAS POR EL «QUIJOTE»



# DISCURSO

EN CONMEMORACIÓN

DEL

## TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL “QUIJOTE”

QUE PARA LA

SOLEMNE SESIÓN QUE CELEBRÓ LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA EL 9 DE MAYO DE 1905  
ESCRIBIÓ POR ENCARGO DE LA MISMA

EL

DR. D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

CATEDRÁTICO

DE LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS EN DICHA UNIVERSIDAD

CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



BARCELONA

TIPOGRAFÍA «LA ACADÉMICA» DE SERRA HERMANOS Y RUSSELL  
RONDA DE LA UNIVERSIDAD, 6; TELÉFONO 861


1905





ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

SEÑORES:

o es tan grande mi inmodestia que me arroje hoy, de propio impulso, á escribir un discurso ó estudio, llámesele como se quiera, sobre la obra inmortal que todos los pueblos y siglos han saludado con admiración y entusiasmo, y cuyo culto en estos momentos aquí nos congrega. La miré siempre con tan recogido respeto, que jamás mis humildes labios se hubieran abierto para juzgarla, temeroso de que pareciera el hacerlo atrevida presunción.

Mas he aquí que en este santuario de la Ciencia, donde ahora festejamos una fecha tan señalada en la historia de nuestras letras, como el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, ha querido vuestra mala fortuna y también la mía, que, revestido con la representación oficial más visible de la literatura española, debiera llevar la voz de este Claustro doctísimo de profesores, para presentar en su nombre el homenaje de admiración y simpatía que en el día de hoy debemos al incomparable Miguel de Cervantes. Yo no podía ni debía rehusar esta honra, por muy alta y abrumadora que la considere, y vosotros con vuestra indulgencia, que con sinceridad solicito, sabréis apreciar lo ineludible del deber que sobre mí pesa, y la resignación con que á él me someto.

Para mayor confusión mía paréceme que en este momento, por el señalado lugar en que nos reunimos, no llevo sólo la

representación del Claustro, sino la de la tierra catalana, que quiere pagar su tributo de amor y gratitud al ingenio complutense, que tanto la distinguió, asociándose, con la representación de su ilustre profesorado, á las fiestas oficiales que en toda España en estos días se celebran.

Si el *Quijote* ha de ser eminentemente simpático á todos los españoles y llenarles de orgullo por lo mucho que vale y significa, con predilección muy especial ha de mirarle esta región por los gratos recuerdos que de ella guarda. Cervantes tuvo por Cataluña muy singulares preferencias, que manifestó no en una, sino en varias de sus obras, y las tuvo sobre todo por esta ciudad, cabeza y hogar del Principado, por sus moradores y por sus letras. Muchos antes que yo han recogido en hermoso ramillete las flores que derramó sobre nuestro suelo, y no he de volver á repetir por centésima vez los elogios que dedicó á nuestra ciudad, *flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España y en sitio y en belleza única*, en el *Quijote* y en *Las dos doncellas*; los altos encarecimientos con que en aquella obra y en la comedia *La cueva de Salamanca* habló del valeroso Rocaguinarda; el juicio entusiasta que los *cortesés catalanes* y la hidalguía de la nobleza catalana le merecen en el *Persiles* y en las citadas *Dos doncellas*; el concepto honroso que tuvo de nuestro ingenio, que se trasluce en un episodio de *El Amante liberal*, los recuerdos de nuestro país en la *Galatea*..... Y si no bastaran estos testimonios de simpatía, que por ser tan repetidos les quita el carácter de tópicos comunes, como los elogios vacíos é incoloros de una ciudad cualquiera, con que solían comenzar algunas de sus novelas los escritores de aquella época, sólo de paso recordaré, por ser cosa tan conocida, la admiración sincera que en Cervantes despertó nuestro mejor libro de caballerías, *Tirant lo Blanch*.

Pero sobre todo en el *Ingenioso Hidalgo* es donde estos gratos testimonios suben de valor. Al llegar á esta tierra el héroe manchego, se convierte en ciudadano serio y curioso, callado y discreto, como si le impusiera el espectáculo de una ciudad movida y laboriosa. Según ya se ha observado, es ella la única en que se detiene el andante caballero, á quien adrede

no hizo penetrar su creador, en su penosa serie de aventuras, más que en ventas y obscuras aldeas; único modo de conservar y desenvolver su carácter, reñido con toda sujeción y medio social organizado. Muy cerca de Barcelona se encuentra con el famoso bandolero ya citado, con el gran Roque, como le apellida el insigne escritor, quien no ve en él un facineroso vulgar, sino un despechado vengador de ofensas recibidas. Frente á frente los dos personajes, el histórico capitán, defensor de los derechos de la Cataluña tradicional, y el ideal desfacedor de tuertos y de agravios, derrochan caballeridad y nobleza en una hermosa escena llena de color y movimiento. Nuestro espíritu descansa de las bromas sainetescas de la casa de los Duques, que no resultan tan caballerosos como el bandolero catalán. Es un paisano nuestro el primero que, después de desagradables episodios, siente simpatía desinteresada por aquel hermoso enfermo moral, tan maltratado por su propio creador, que hace pagarle con una pasión continuada de desencantos y crueles atropellos las grandes faltas de su raza.

Aquí, en Barcelona, le aloja en su casa un principal caballero de la ciudad, un *nyerro*, al que Rocaguinarda le recomienda y de quien tiene buen cuidado de advertir Cervantes que es “amigo de holgarse á lo honesto y á lo afable.” Aquí le recibe con todas sus galas la naturaleza, el mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, el sol levantándose como una rodela en el bajo horizonte, en una hermosa mañana de verano. A esas espléndidas bellezas del cielo y de la tierra junta la ciudad todo el bullicio y movimiento de un día de fiesta; el concierto de clarines y trompetas, chirimías y atabales; el estruendo de la artillería de los buques y la de los fuertes y murallas. En su visita á las galeras del puerto es recibido D. Quijote como un general, con salvas de los cañones y hurras de la chusma, y contempla admirado las rápidas maniobras y simulacros de los marineros, mientras Montjuich hace señal de que hay bajel dudoso en la costa por la banda de Poniente. El general de la armada y el Virrey cólmanle de obsequios; y nuestro héroe queda sorprendido y “alegre de verse tratar tan á lo señor.” Para él guarda aquí Cervantes lo más sabroso de su asendereada vida; la

apoteosis final antes de su trágico vencimiento á manos de su conterráneo, el Bachiller Sansón Carrasco.

Por último, no satisfecho nuestro escritor con el ambiente de cultura que suponen los continuados obsequios que aquí se tributan al protagonista de su novela, lo realza, haciéndole visitar una imprenta de la ciudad, donde florecía, en aquella época, el arte de Guttemberg en reputados talleres, de los que salían numerosas ediciones de clásicos españoles. La impresión que de Barcelona recibió aquel por cuya boca hablan tantas veces el espíritu de imparcialidad de Cervantes y sus recuerdos personales, no puede ser más grata para nosotros: “aunque los hechos que en ella me han sucedido, exclama, no son de mucho gusto, sino de mucha pena, los llevo sin ella sólo por haberla visto.” (P. II, cap. LXXII).

---

Bien ha correspondido Cataluña á estas dulces preferencias del Príncipe de los ingenios. En su suelo, donde han sido forasteros tantos clásicos de la gran literatura nacional, jamás se ha extinguido el entusiasmo por su famosa novela. Aquí en Barcelona se imprimió en 1617 la primera edición completa de ella, esto es, las dos partes unidas, y, si hemos de creer al Bachiller Sansón Carrasco, hubo aún otra edición anterior de la primera parte. Desde entonces jamás ha cesado el culto tipográfico por el *Quijote*, pobre en los siglos xvii y xviii, extraordinario en el pasado, como lo prueban más de cincuenta ediciones de todas clases y tamaños, lujosas y económicas unas, policromadas ó con grabados otras, traducciones catalanas y compendios y hasta facsímiles de la primera impresión de Cuesta. Al culto tipográfico que en mayor ó menor extremo le han consagrado todas las naciones civilizadas, se unió luego, como distintivo más característico de nuestra admiración, el bibliográfico, el cual, entre varias colecciones muy importantes, ha dado por resultado,

gracias al celo del meritísimo bibliófilo D. Isidro Bonsoms, la mejor Biblioteca cervántica del mundo, y la mejor iconografía de las ediciones del *Quijote*, con facsímiles de 611 portadas, que bien puede apellidarse la apoteosis más espléndida y convincente que el Centenario ha alzado á su gloria.

Y si todavía parecieren pocos estos valiosos y repetidos testimonios, viene á juntar á ellos su tributo la crítica de ilustres escritores, honra de nuestra cultura, de las letras patrias ó de este Claustro, cuyos nombres acuden ahora á mis labios con fuerza tan irresistible que me parece un agravio no recordarles en esta fiesta del espíritu, tan enlazada por su objeto á su memoria.

En general, — y sin ánimo de rebajar ningún esfuerzo, pues toda aclaración seria del *Quijote* me parece muy respetable, — puede afirmarse que la crítica cervántica se ha distinguido en Cataluña por cierta moderación y buen sentido, despojado de hiperbólicas adoraciones. Nuestros escritores, por lo común, le han procurado mirar de frente, huyendo de paradojas y de inútiles comentarios, y buscando sólo la impresión franca y sincera. Es cierto que no hemos tenido un número de cervantistas tan crecido como en otras regiones españolas, pero en cambio figuran en él los más famosos hablistas entre cuantos en esta tierra han cultivado la lengua castellana, y alguno de sus juicios es de lo más sagaz y seguro que ha producido la crítica de aquella obra, por punto general, en nuestra patria, hasta la segunda mitad del siglo pasado, vulgar y poco afortunada. Lós Capmany, los Aribau, los Piferrer, los Milá y Fontanals, los Coll y Vehí, es decir, los que formaron la pléyade gloriosa que en la anterior centuria reanudó la tradición casi extinguida, desde los días de Boscán, del cultivo de la literatura castellana en Cataluña, y los que fueron, al propio tiempo, padres ilustres de nuestro despertamiento histórico, iniciadores del romanticismo, restauradores de nuestra antigua literatura nacional, educadores de severo método que nos enseñaron el recto camino de la investigación y de la disciplina científica; he aquí los nombres egregios, que sólo de paso me será dado saludar, que descuellan en el coro de panegiristas del Manco de Lepanto en esta tierra.

Capmany fué un ingenio muy superior á su tiempo, y el primer prosista castellano de esta región desde el insigne traductor del *Cortesano*. Él y Jovellanos son los dos grandes regeneradores de nuestra cultura y de nuestro común idioma en el siglo XVIII. Su *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia*, notable por la solidez de sus juicios, es un modelo de lenguaje, sobre todo si se tiene en cuenta que por entonces se retorció aún aquél en las violentas contorsiones del culteranismo. No obstante, la crítica del *Quijote* á casi un siglo y cuarto de distancia (1788) nos aparece hoy incolora y poco segura, pero muy superior á la desdichada de las *Novelas Ejemplares*. Dejó intacta la parte principal, la concepción de la fábula, y únicamente la consideró en su aspecto más retórico y externo, en consonancia con la índole de su obra. Mas aun desde este punto de vista, y teniendo en cuenta que su autor es de los primeros que han pesado en sus manos la creación imperecedera, ¡cuánta elevación de miras! ¡cuántas adivinaciones! ¡cuánta discreción y relativo buen gusto! Lejos de considerar incorrecciones de lenguaje, cual más tarde algunos escoliastas impertinentes, los modos de hablar familiares, elípticos y descuidados, veía renovarse en ellos la primitiva pureza de la lengua, y tuvo el valor, uno de los primeros, de echar en cara á Cervantes los defectos que cabalmente más han celebrado los humanistas y retóricos de antaño y hogaño, esto es, el dar á la prosa cierto número y cadencia poética, el vicioso hipérbaton ó el estudiado aliño.

Ocupa el lugar inmediato á Capmany, en la historia de nuestra crítica cervántica, el famoso Aribau, iniciador inconsciente del Renacimiento literario catalán, el escritor á quien Quintana, que tan injusto fué con el autor del *Teatro crítico de la Elocuencia*, calificaba como el primer prosista de su época. Pocos le igualaron entonces y después en el conocimiento del idioma patrio. Su *Vida de Cervantes*, con la que entremezcla el estudio de sus obras, prólogo del primer tomo de la Biblioteca de Rivadeneyra, que inició publicando antes que nadie la colección completa de sus escritos, á excepción de sus comedias y entremeses, es un primor de corrección y de sobriedad de forma y un resumen acabado de cuanto se sabía en 1846 acerca de aquel escritor, y

habían divulgado los cervantistas que le precedieron, los Mayans, Pellicer, Navarrete, Ríos y Quintana, y sobre todo Arrieta, de cuyos apuntes pudo servirse á su gusto. A vueltas de algunos errores, especialmente acerca de las *Novelas*, todavía pueden aceptarse muchas de las consideraciones que le sugirió la deliciosa lectura “del libro que no tuvo antes modelo, ni copia después.”

Por muchos que sean los encarecimientos que á Piferrer prodiguemos, nunca colmarán la medida de lo que merecen sus excepcionales condiciones. De aquella brillante generación del primer tercio del siglo pasado, que produjo la irrupción triunfal del romanticismo, dos personalidades descollaron sobre todas las demás: el malogrado Piferrer y el venerable Milá y Fontanals. Piferrer llevó á la nueva escuela el enérgico sello de su individualidad independiente, su poderosa intuición artística y su amor á las cosas de la tierra, evocador de la leyenda histórica, de la poesía popular, de la arquitectura medio-eval y de nuestros aires tradicionales. Pocos hombres ha engendrado esta región de tan exquisita sensibilidad artística como Piferrer; pocos escritores de savia tan jugosa y abundante, de más pintoresco y animado estilo, de más seguro entendimiento, de imaginación más brillante. Cuando esas portentosas dotes se pusieron frente á frente de la concepción más famosa de nuestras letras, la abarcaron completa y luminosa con la profunda mirada del genio, adelantándose en sus revelaciones á los más sagaces y afortunados panegiristas que ha tenido más tarde, á los Valera y Menéndez Pelayo.

Sin conocer los anchos horizontes que han revelado después la estética y la crítica comparada, él colocó al Manco inmortal al frente y en el lugar más alto de los modernos noveladores, sólo, original, como maravillosa é inexplicable plasmación del arte literario; él nos habla con aquel calor y aquel poético estilo que tan suyos son, de ese bienestar, que, por decirlo así, se saborea, que en el leyente producen las pláticas animadas del hidalgo manchego y su delicioso escudero; él reveló, antes que nadie, su profundo sentimiento de la naturaleza, que con pocos rasgos nos da la perspectiva de un paisaje fresco y luminoso, ó misterioso y

sombrío... No son muchos, entre nosotros, los que tienen noticia de los *Clásicos españoles* publicados por Piferrer en 1846, una de las primeras antologías é historias literarias de la prosa castellana, inspirada sin duda, por el ejemplo y el criterio, y este es su defecto, de la notable obra de Capmany, y, no obstante, las páginas dedicadas á Cervantes son de lo más sentido y vibrante que brotó de la sugestiva pluma de aquel genio en pleno hervor del romanticismo. Ellas encierran, si no me engaño, para honra de su autor, la primera visión moderna del *Quijote* en los anales de la crítica española.

Ni Milá y Fontanals, el espíritu más concienzudo y europeo de nuestra erudición literaria, á quien le cupo la dicha de formar el paladín más formidable de la cultura nacional, ni el clásico Coll y Vehí, consagraron á la historia del andante caballero estudios extensos y de verdadera importancia. Pero son dignos de la robustez intelectual de aquel insigne literato, su artículo "Cervantes, crítico y romero," impreso en 1854 en el *Diario de Barcelona*, y un cortísimo y substancioso discurso, como él gustaba de hacerlos, acerca del *Ingenioso Hidalgo*, leído en 1871 en el Ateneo Barcelonés, con motivo de la curiosa edición fototipográfica de D. Francisco López Fabra. Nada de trivial en esos trabajos, al parecer insignificantes, escritos sin pretensión alguna. Hay en ellos, por el contrario, síntesis muy sobrias que pueden sugerir muchas ideas, y algo muy original entonces, acerca de los aciertos ó errores críticos del escritor á quien Garcés llamó, con feliz frase, el secretario de la lengua castellana.

A Coll y Vehí, el poeta leonino, el suave cantor de la *Belleza ideal*, debe el cervantismo algunas modestas pero muy discretas observaciones, de carácter retórico las más, en sus interesantes *Diálogos literarios*, que vieron la luz en 1866, y un comentario muy útil en su *Colección de refranes del Quijote* (1874), en la que se sorprende, mejor que con estudio alguno, la formación del carácter de Sancho Panza, como oráculo del saber popular, cuyo desenvolvimiento completo no se realiza hasta la segunda parte de la obra.

Por último, al lado de estos eximios escritores, gloria tres de ellos de esta escuela, y aunque no haya alcanzado tan alta



fama, merece muy especial mención el más señalado y por ventura único de nuestros cervantistas de profesión, el benemérito don Emilio Pi y Molist, á quien, en sentir de D. José M.<sup>a</sup> Asensio, juez tan autorizado en la materia, se debe el comentario más útil é instructivo, de cuantos hasta hoy se han escrito, acerca de la obra maestra de la novela moderna. Podrá tal vez alguien disentir de este juicio tan absoluto y optimista, pero no negar que los *Primores del Quijote* (1886) son de lo más sensato, concienzudo y sincero, á pesar de su desviación inicial, de cuantos esfuerzos ha consagrado á esta producción el fetiquismo de sus adoradores. No hay que recordar con cuanto entusiasmo fué saludada entre ellos la aparición de este comentario, que encierra diluído en sus numerosas páginas, sobrado difusas, no poco de lo mucho que puede decirse en elogio de aquélla y en el que se ponen á la vista multitud de sus más recónditas ó hermosas perspectivas. Mas con todo ello, y de su completo dominio de los recursos del lenguaje, de ciertas páginas muy sentidas y hasta elocuentes, y de sus acertados juicios, el libro ni convence ni embelesa. Su autor, hombre serio y severo, si los hubo, imparcial y nada impresionable, llevado de su escrupulosa conciencia, pone tales reparos á la misma tesis que sustenta, que se derrumba á su empuje, no obstante la solidez y trabazón que procura dar á su fábrica, fundada en un estudio laborioso y en la larga práctica y competencia de su profesión médica. Según él, en la creación de Cervantes se halla una descripción, notable en el concepto científico, de un caso de locura, pero al propio tiempo reconoce que para médico incurre en errores graves y para alienista en descuidos inexcusables, y que D. Quijote tiene á veces más de cándido que de loco. Dichosa inconsecuencia que nos dió en una locura llena de belleza, en vez de una exacta descripción de un caso clínico, y por tanto de un ser humano mutilado, una total representación de la vida nacional, y al propio tiempo un admirable prototipo de la humanidad, destinada á caminar siempre entre los lindes divisorios de la discreción y el delirio.

Si como estudio científico los *Primores del Quijote*,—útiles en cuanto descubren ciertas intuiciones médico-psicológicas que

tuvo el genio al fulgor de su inspiración,—caen por su base, como obra literaria no son menos falsos. Su forma redundante y académica ahoga al pensamiento y da pesadez al estilo, que para el autor no es otra cosa que un juego de lenguaje, que un alarde de ingenio, que una gala de imitación. Es el suyo una negación continuada de las leyes eternas y renovadoras que presiden las íntimas y naturales relaciones entre el pensamiento y su manifestación. Para él la lengua es copia y no espontaneidad, cosa impuesta y no sentida. Todos cuantos nacemos en pueblos condenados á ser bilingües, y que vivimos en continuo divorcio de nuestro ser espiritual respecto al nexo íntimo que une la palabra y el pensamiento, podemos caer y sin duda caemos, quien más, quien menos, en el error bien intencionado del Dr. Pi y Molist, que propiamente no es tal, sino resultado fatal de aquel divorcio interno. No somos nosotros, pues, los más autorizados para juzgarle. Por el contrario, es el suyo un error que nos merece respeto, mas no por eso menos cierto y lamentable. Una vida entera consagrada al estudio de los clásicos, una voluntad de hierro, un juicio firme y sereno, no le libraron de manejar con afectación viciosa un medio de expresión que no pudo arrancar de las entrañas de su alma, sino de la fría imitación de los modelos, tratándole como una lengua muerta, cristalizada en una forma, en una época y hasta si se quiere en un autor determinado, bordando sus cláusulas á la manera de esos ricos mantos de terciopelo de las hermosas imágenes de Sevilla, que se recaman de oro y pedrería, sin echar de ver que lo que ganan en esplendor y suntuosidad, lo pierden en gracia, en soltura, en adaptación de pliegues.

---

¡El *Quijote*! He vuelto á saborear este libro admirable compuesto por el más simpático, el más amable y el más humano de nuestros escritores. Ha vuelto á resurgir completo ante mis ojos aquel mundo creado por el genio, en que se nos muestra la

existencia humana, no partida en dos polos opuestos, no momificada en dos abstracciones perpetuamente contradictorias, sino entera y luminosa, en sus ensueños ideales y en sus bruscos contactos con la realidad, con sus imperfecciones y sus anhelos purificadores, con sus amargos desengaños y sus continuos y desasosegados vuelos á la altura, con sus Dulcineas siempre soñadas y nunca vistas y sus desolados campos de la Mancha siempre presentes. Y al volver á abrir esta maravillosa epopeya cómica del género humano, este breviario eterno de la risa y de la sensatez, como le ha llamado el más feliz y el más elocuente de nuestros críticos contemporáneos, ha resurgido también ante mis ojos, por una fatal asociación de ideas, la España de fines del siglo XVI, con su aparente grandeza y sus miserias, la vida nacional en el borde de su inminente decadencia, extenuándose en esfuerzos tan estériles como los del andante caballero.

No vengo á tratar especialmente de Cervantes como de un superhombre que utilizó el artificio de su fábula ingeniosa con muy diversos fines, ya sea para consignar una protesta contra las instituciones ó las costumbres de su tiempo, ya para dar una enseñanza perenne á la humanidad, envuelta en la sonrisa de una adorable ironía. Con profética intuición, refiriéndose á sus críticos futuros, ya indicó aquel gran genio que “podrían decir de su historia todo aquello que les pareciese.” Mucho más modestas son mis aspiraciones, y no ya la crítica trascendental, sino ni la más humilde crítica literaria pretendo aplicar de nuevo á una obra sobre la cual tanto se ha escrito. No aspiro á otra cosa que á trasladar al papel, sin orden ni trabazón lógica, algunas de las impresiones de todo género que me ha sugerido su nueva y rápida lectura.

Las grandes creaciones del arte no hablan á todos los pueblos ni á todos los tiempos, ni á todas las generaciones, ni aun á todos los individuos, el mismo lenguaje. Cada uno las analiza con la lente de sus ideas ó prejuicios y de su educación artística ó intelectual, y el mayor testimonio de su valor es que puedan resistir todas estas pruebas sin perder nada de su encanto y de su juventud perennes. Ellas despiertan sensaciones nuevas y puntos de vista no soñados por sus propios autores, que no alcanzan

tampoco á vislumbrar todo el proceso y la virtualidad de su obra, de un modo semejante á lo que sucede con la maternidad física, en la que lo inconsciente y misterioso tienen el primer lugar. Es que los genios son á manera de nuevos Colones, que no conocen toda la realidad y contenido del mundo que han descubierto, y, muchas veces, según la feliz frase de Goethe, hay que recordarles su propia intención.

Yo juzgo que en el *Quijote* se ha estudiado mucho más lo que no hay en él, que lo que realmente encierra. Y si bien la crítica trascendental ha ensanchado los horizontes del arte, ligando las obras artísticas á la vida de los pueblos, dotándolas de un alma nacional y á la vez de un sello de solidaridad humana que antes no tenían, y ha enriquecido el contenido de aquellas obras desentrañando filones de oro nunca presentidos, no es menos cierto también que se ha pagado las más veces de relaciones arbitrarias entre el orden estético y el extra-artístico, y se ha hecho en muchos casos exclusivista y errónea, relegando al último lugar lo que en mi sentir ocupa el primero, esto es, el estudio de la obra de arte considerada como propiamente tal. Con mucha razón exclamaba Flaubert: “¿Cuándo el crítico será artista, nada más que artista?”

¡Cuánta erudición y cuánta ciencia prolija y mal empleada en esta producción inmortal! ¡Cuánto tiempo perdido por los retóricos é intelectuales de todas las épocas, así de los rebuscadores de vocablos como Clemencín y sus secuaces, que andan con pinzas á caza de faltas contra la gramática y la pureza inmaculada del bien decir, como de los críticos trascendentales que ven una alusión satírica ó política en cada página, y que nos tienen como pobres de espíritu á los que no sabemos admirar la omnisciencia de Cervantes ó su valor extra-humano y ultra-simbolista! Nada más lejos del espíritu y del carácter del *Quijote* y de la divina inconsciencia de su autor, que esos confusos ó rebuscados comentarios cerebrales con que anega su obra el intelectualismo moderno, que vuelve á desquiciar, tras de una originalidad estéril y petulante, los ejes de la crítica y del buen sentido, y á velar con caliginosas nieblas la luz esplendorosa de la creación estética.

Jamás dos personajes ideales han echado raíces más hondas en el alma de la humanidad y le han interesado tanto como Don Quijote y Sancho Panza; nunca el arte creó dos figuras más amables y atractivas. “¡Oh, D. Quijote dichoso! exclamaba el propio autor. ¡Oh, Sancho Panza gracioso! los dos juntos y cada uno de por sí viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes!”

La fidelidad y la benevolencia les unen en amoroso lazo, y ambos se completan y afirman de continuo, en vez de negarse y contraponerse á cada paso, como muchos suponen. Si no son los dos igualmente superiores, son, por lo menos en la relación artística, igualmente simpáticos, y no sabríamos cuál de ellos escoger. Cuando se queda solo en escena D. Quijote en Sierra Morena y en casa de los Duques, las dos únicas ocasiones en que se divorcia la genial pareja, á pesar de la preferencia que se conquista en nuestro ánimo el andante caballero, por su idealidad moral, sentimos por Sancho algo de la añoranza que aquél experimenta en su corazón de oro. En cuanto desaparecen de la escena, la novela más popular de la humanidad se convierte en una de tantas producciones de mérito secundario de nuestras letras. Con razón dice Valera que D. Quijote y Sancho Panza son toda la obra; redúzcase á la mitad ó imagínense otros cien capítulos más y no se alterará lo substancial de ella. El mismo Cervantes sentía su prestigio con tal fuerza, que le hacía temer por el éxito de sus dos novelas intercaladas en el curso de la narración, *El Curioso impertinente* y *El Cautivo*, á pesar de haberlas compuesto para huir del inconveniente de que fueran siempre atendidos el entendimiento y la pluma á escribir de un solo sujeto, y hablar por la boca de pocas personas. “También pienso, dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de D. Quijote, no la darán á las novelas, y pasarán por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrará bien al descubierto cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de D. Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á la luz.” (P. II, cap. XLIV).

Don Quijote nos cautiva por la hermosura de su alma, fiel reflejo de la de su autor, la cual “campea y se muestra en el

entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder y en la buena crianza." Todo es en él abnegación y sacrificio. Su enfermedad es una locura de amor, de justicia y de misericordia. Es el más devoto servidor de la perfección caballeresca; el andante paladín del honor y la cortesía; el último y más simpático descendiente de la brillante mesnada de los Lancelotes y Amadis, que lleva en su mente un mundo peregrino poblado de poéticas quimeras. Ciego de entusiasmo, embriagado de ideal, no piensa, para servirle, en sus flacas fuerzas, ni en sus pobres armas, ni en su ruin jamelgo. La fe que nunca le abandona, le hace paciente y sufrido, le hace á la vez héroe y mártir. Loco el más magnánimo y sublime que ha concebido la humana fantasía, se atrae el respeto y el afecto por su bondad y su dignidad y por su resignación, que no conoce la flaqueza ni el abatimiento. Su nobleza moral, modelada por el espíritu cristiano, es tan alta, que le rodea como de un nimbo luminoso y transfigura hasta su ridículo aspecto físico.

A Sancho se le juzga, con harta ligereza, como la personificación del egoísmo y de los ruines deseos de la bestia humana, y sin embargo la fidelidad vence en él todo bajo estímulo. Por D. Quijote abandona dos veces su casa, su mujer y sus hijos, y exclama que sólo la pala y el azadón podrán separarle de su lado. De Sancho Panza, por cuya boca habla la sabiduría popular, diríase mejor que es el símbolo del buen sentido y del pueblo honrado y sencillo que ama con fe ciega las nobles causas, y que se sacrifica por ideales que no acaba de comprender del todo, aunque ponga en su consecución algo de interés propio y personal. Costal de refranes, de embustes y de malicias, nos cautiva por su candor y su dulzura de carácter, que hacen que su amo conmovido le llamase "Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero." El interés que despierta en el leyente, le personifica el autor en el caballero de Barcelona, D. Antonio Moreno, cuando dice al Bachiller Sansón Carrasco: "que nunca sane D. Quijote, porque con su salud no sólo perderemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera de ellas puede volver á alegrar la misma melancolía." (P. II, cap. LXV).

Pero sobre todo, la simpatía con que nos gana el extraviado hidalgo es tan grande y tan invencible, que cuando el autor recarga con trazos caricaturescos su grave y noble figura, sentimos un disgusto parecido al que produce una profanación. Llegamos á querer más á D. Quijote que su propio creador, el cual se muestra á veces sobrado cruel con él, pareciéndole pocas sus humillaciones, y haciéndole tropezar siempre con la realidad de la manera más dolorosa, ya al brutal empuje de los molinos de viento, ya con los porrazos ó pedradas de vizcaínos, cuadrilleros y pastores; ya pisoteado por bravos toros ó por inmunda piara. Razón tuvo el Manco de Lepanto al exclamar, aunque por distinta causa, "yo, aunque parezco padre, soy padrastro de D. Quijote."

Los tres grandes desencantos de las tres salidas del héroe, cuando regresa á su hogar, molido á palos, la vez primera; enjaulado como un loco más adelante; vencido la tercera por el caballero de la Blanca Luna en la playa de Barcelona, son tres notas de dolor de una sentida elegía, arrancadas por el desaliento del ideal, y si no nos afligen como sus restantes desventuras, es porque se desarrollan en aquella deliciosa aldea manchega innominada, y se convierten en tres idilios rústicos, bañados con las suaves solicitudes del afecto doméstico, de una naturalidad tan inefable como nunca la alcanzó la poesía bucólica más alta y exquisita.

Con sus sencillos coloquios, con temas hasta la saciedad sobados, el desencanto de Dulcinea, la posesión de la ínsula, los deberes de caballeros y escuderos andantes, la persecución de soñados encantadores, nos entretienen los dos protagonistas con embeleso tal, que no hay lengua humana que pueda expresarle, colmándonos de una placidez semejante á la que produce en nuestro ánimo la contemplación de los risueños espectáculos de la naturaleza, los recuerdos de la infancia ó el gracioso movimiento de un *scherzo* de Mozart. Es aquella vena inagotable, algo así como el fluir fácil del agua de un regalado manantial, como los atrevidos vuelos melódicos de pasmosa seguridad y plenitud de dulzura del canto del ruiseñor, como el candor del niño, como cuanto de más puro y espontáneo en el mundo exista, que se ignore á sí propio.

El chiste culto, la gracia ligera, la ironía suave, el giro donoso ó gallardo, la observación honda, la pasión sincera, la pincelada sobria y segura, esos son los resortes de que se vale, como de una mágica vara evocadora, este rey de la novela y de la narración, que enseñó á la humanidad el arte del diálogo y el más difícil todavía de dar plasticidad á la existencia entera. El que no sienta á Cervantes es tan desgraciado como el que no comprenda las hondas amarguras de Beethoven, la grandeza de Miguel Angel ó la pasión trágica de Shakespeare; es una alma atrofiada á quien la naturaleza negó el sentido de lo noble y de lo delicado. Porque el *Quijote* es un libro que habla á todos los corazones, y, al mismo tiempo, bajo apariencias festivas y de puro entretenimiento, uno de los que nos dejan más conmovidos y más profundamente preocupados. Por más que el autor trate de convencernos de que es una simple sátira literaria lo que trae entre manos, nosotros no acertamos á darle crédito. Allí alienta algo más hondo que la mera destrucción de un género extravagante. Son las dos voces eternas de la naturaleza las que bajo sus páginas embelesadoras suenan á nuestros oídos; es nuestra propia alma lo que en ellas late; la aspiración perpetua á superiores ideales lo que las vivifica.

Cuanto más ahondó el inmortal novelista en el alma de su raza, más adentro penetró en el alma de la humanidad. Es un hecho cierto que así en nuestros sentimientos más sinceros como en nuestro más íntimo pensar, es donde hallamos cabalmente ese misterioso reflejo de lo universal que baña con sus fulgores todas las cosas. Al crear Shakespeare á Otelo le hizo ciudadano del mundo entero y personificó para siempre, en la vida del arte, la pasión de los celos. En el regazo de su materno suelo y bajo las alas del sentimiento patriótico más ardiente, engendró Dante, no ya la epopeya de Italia, sino la epopeya de la civilización cristiana. En el rincón más obscuro de la Mancha, y en un lugar de que no quiso acordarse, hizo nacer Cervantes á su andante héroe, á quien le estaba reservado el ser conocido en todos los rincones de la tierra, y ser el ciudadano de todos los pueblos y el superviviente inmortal de todos los siglos. Y he aquí como, al conjuro misterioso del arte, que es camino luminoso de la verdad y de lo



universal, el humilde hidalgo Alonso Quijano el Bueno se convirtió en la sublime personificación del idealismo humano.

Además de este valor trascendental, tiene el *Quijote* otras condiciones que le hacen todavía más amable; el optimismo que llena todas sus páginas, y el aroma de cristiano consuelo que de todas se exhala. El corazón de Cervantes destila dulce malicia, pero no negra misantropía; fina ironía, pero no sarcasmo; melancolía suave, no desesperada amargura. Parece imposible que una obra tan llena de frescura y de vida, y sin una gota de hiel, se engendrara en la vejez, en la cárcel, en la pobreza, entre crueles desengaños y continuas persecuciones.

Otro de los mayores encantos de esta asombrosa ficción es su marcadísimo carácter popular. Nunca alcanzó su autor la plenitud de su ingenio de una manera tan profunda y tan sincera como en la pintura de las costumbres del pueblo y en el manejo de la lengua familiar. Aquí se halla lo más espontáneo y admirable de su estilo, muy superior al artificioso y afectado que emplea en los pasajes sentimentales ó retóricos tan encarecidos.

Yo casi me atrevería á decir, sin pretender rebajar el valor de otras páginas admirables, ni dar á mi opinión más alcance que el de una preferencia subjetiva, que lo mejor del *Quijote* es lo manchego, es decir, lo que contiene mayor dosis de aquel elemento popular de que antes hablaba. La Mancha y el héroe andantesco parecen inseparables. Con haber sido la patria de éste y de su escudero, ya tiene títulos bastantes para figurar como región encantada del arte y de la humanidad. De aquellas monótonas é inacabables llanuras supo sacar nuestro autor inagotables raudales de poesía. ¡Oh dichosa aldea ignota de la Mancha, cuna de nuestro hidalgo, transfigurada por el arte inimitable de Cervantes, que, con haberla querido dejar entre sombras, salió de sus manos tan llena de luz, suelo venturoso de humildes y suavísimas escenas familiares, nunca antes descritas por la palabra artística, de íntimos y delicados cuadros del hogar, antes jamás observados! Desde que salió de ella D. Quijote á campo abierto por la puerta falsa del corral de su casa, hasta que al regresar á su seno por última vez y al descubrirla desde lejos la saluda Sancho Panza de rodillas, su poético recuerdo nos sigue

siempre y vierte doquiera patriarcal dulzura. El pradecillo en que á su regreso los dos desengañados andantes hallaron rezando al cura y al barbero; el arroyuelo en que bañaba sus ropas Sanchica, cuando la sorprendió el gentil paje de los Duques con un mensaje de cuento de hadas; las eras del lugar en las que reñían dos rapazuelos por una jaula de grillos; la famosa noche del Toboso en que amo y criado andaban á obscuras en busca de Dulcinea, cuando todos los vecinos dormían en sosegado silencio... ¡qué poesía más tierna no encierran estos y otros sencillos episodios de la más hermosa Arcadia de la novela moderna!

Sus moradores, trazados con soberbias y valientes pinceladas á lo Velázquez, hermano gemelo de Cervantes en la relación artística, son de los más salientes retratos que admiramos siguiendo el *rastrillado, torcido y aspado hilo* (son palabras del mismo autor) de la abigarrada é inmortal historia; los personajes que en ella se mueven con más desembarazo; los que triunfan definitivamente sobre los Cardenios desesperados, los Curiosos impertinentes, las Luscindas y Leonelas marisabidillas, sobre los Crisóstomos y Basilios quejumbrosos, sobre las viragos andantes del honor como Claudia Jerónimo y Ana Félix, en una palabra, sobre todas las figuras de tapiz ó de bastidores, tomadas de modelos manoseados de la novela sentimental, bucólica ó bizantina.

En sus pláticas encantadoras vierte el excelso novelista, á manos llenas, todo su inimitable gracejo y en sus retratos pone los colores más vivos de su paleta. Ya no sólo los personajes principales toman carne y hueso, sino los secundarios, los de última fila, como Pedro Alonso el bueno, el caritativo vecino de D. Quijote que le devuelve á su hogar, molido á palos, después de su primera salida; Ricote el morisco, tendero del lugar, que aparece en escena en aquella merienda de los peregrinos tudescos, que no se olvida jamás una vez leída; los venteros como Juan Palomeque el Zurdo, las Tolosas y Molineras del alegre gremio de mozas de partido, que servían en los pobres mesones manchegos; Tomé Cecial, el compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos; los personajes casi fantásticos como Alonsa Lorenzo, la moza labradora convertida en la imaginación del engañado hidalgo en Dulcinea del Toboso; y hasta parece que logran inte-

resarnos los que el autor nombra sólo de paso, como Lope Tocho, el novio de Sanchica. Junto á estas figuras y sin ánimo de citarlas todas, ya no nos semejan vividos, sino vistos con nuestros ojos, tan pasmoso es su relieve: Sansón Carrasco, el bachiller de Salamanca, en quien corrían parejas la socarronería y el buen entendimiento, amigo de donaires y de burlas, el *Deus ex machina* de la segunda parte, como lo son de la primera el cura y el barbero, tan simpáticos y discretos cual bien intencionados; Teresa Panza, la mujer del chistosísimo escudero, fuerte, tiesa, nervuda, avellanada, que no le cede en credulidad; Sanchica, su hija, no menos candorosa que su madre, y cual ella deliciosa en sus pláticas familiares, tan ingenua en su alegría cuando recibe el mensaje de los Duques; la asturiana Maritornes, prototipo irrecedero de las criadas de ventas y mesones, y, por último, el ama y la sobrina, que no necesitan nombres, admirables encarnaciones de la solicitud doméstica y de las virtudes apacibles del hogar.

Cervantes es, sin duda, el escritor español que tuvo una visión más luminosa de la realidad en todos sus aspectos. En él se puede afirmar que encarnó el genio de la novela moderna. Razón tuvo de jactarse en el prólogo de sus festivas narraciones, que llamó *Ejemplares*, de haber sido el primero que había novelado en lengua castellana, y bien mereció en este sentido el dictado de Boccacio español que le dió Tirso de Molina. Antes de él existían sólo formas parciales de la novela, como la caballeresca, la pastoril y la de aventuras; lo que no existía era la novela humana, creación de los tiempos modernos. Dice Fari-nelli, el notable hispanista italiano, que así como á Shakespeare parecen remontar todos los dramas de nuestra tormentosa edad, así como en Beethoven se inspiran todas las composiciones instrumentales modernas, así también todas las novelas del mundo tienen sus raíces más ó menos remotas en el *Quijote*. Y es que en esta creación, al igual que en tres ó cuatro de sus mejores narraciones sueltas, v. g., el delicioso diálogo de los perros de Mahudes, el *Licenciado Vidriera*, *Rinconete y Cortadillo*, el *Celoso Extremeño*, etc., puso en mayor grado que en ninguna otra de sus obras sus excepcionales dotes de observador y de invención de que él mismo se alaba en su *Viaje del Parnaso*.

Podrán hallarse antecedentes de algunas de sus citadas *Ejemplares* en la novelística italiana, y aun en el género picaresco, que antes de él había producido dos composiciones tan notables como el *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache*; de su *Galatea* en Sannazaro, de su *Persiles* en Heliodoro y Aquiles Tacio, de sus entremeses en Lope de Rueda, de su *Viaje del Parnaso* en Caporali, pero no del *Quijote*, que brotó de su cerebro en dos sublimes esfuerzos, engendradores á su vez de aquellos dos colosales alzamientos de la fantasía humana, que forman su primera y segunda parte.

No hay mejor arte que aquel que se ignora á sí propio. Cervantes no conoció, por fortuna, como Zola, la teoría del realismo, pero la adivinó con los ojos de lince del genio, y empleó lo más natural, lo más sano y más artístico de sus procedimientos. Su condición y hasta su errática y atormentada vida le llevaban por este camino. Era admirador de la *Celestina*, y, á haberlos conocido, lo hubiera sido también de los dos famosos Archiprestes rabelesianos de nuestra Edad Media. Con sus propias fuerzas, pues, y sin desdeñar los excelentes, bien que escasos modelos que tenía en su misma casa, oyendo la voz nunca engañosa de la sinceridad, fijos los ojos en la naturaleza, huyendo de todo convencionalismo literario, dió á sus cuadros aquella plasticidad tan pasmosa, de trazos tan sobrios y seguros, que es más hija del genio que de las reglas. Así se libró de recargar sus descripciones y retratos como lo hacen los modernos naturalistas, que cristalizan la teoría en artificio y *metier*, sacrificando á ella la espontaneidad y frescura del brochazo impresionista.

Ojalá nuestro gran novelista no hubiera seguido nunca en sus obras otro camino que éste y hubiérase salvado su concepción gloriosa de algunos lunares que la afean, sobre todo en su primera parte. Mas por muy excelso que sea el genio, es imposible que se substraiga al medio ambiente de su época y que deje de vestir la librea de la moda. Cuando menos se lo imagina, las preocupaciones artísticas, anhelos de novedad ó, si se quiere, el romanticismo de la vida que anida eternamente en nuestra alma, como nostalgia de cosas peregrinas y superiores,

se interponen entre el artista y la realidad á manera de una lente de falsos colores que altera la visión de los objetos. Esa torcida noción de lo ideal en perpetua lucha con lo real, es la que pudo confundir en Camoëns con una epopeya artificiosa la idea de un poema orgánico nacional; la que vistió de griegos y romanos á los personajes del teatro francés; la que hizo desconfiar á Lope de Vega del valor de su producción dramática; la que dió á entender á Cervantes que tal vez fuera el *Persiles* la obra maestra de su ingenio.

---

El centenario que celebramos á pocos años de distancia del gran desastre, pudiera ser muy útil á todos los españoles si acertáramos á sacar provechosas enseñanzas del estudio meditado del insigne escritor que más á fondo conoció nuestro temperamento nacional, hasta el punto de que la historia fantástica de su héroe, por unánime consenso, se ha convertido en símbolo de su raza. Mas por desgracia, nuestra patria, que produjo obra tan admirable, es la que menos ha comprendido su espíritu. Cuanto más se agigantaba la sombra sobre el universo proyectada por la inmortal pareja, más y más se empequeñecía en nuestro suelo, á pesar del estéril culto de hiperdulia de algunos y no siempre bien encaminados adoradores.

Para la mayoría de los españoles el *Quijote* es una sarta inagotable de graciosos desatinos, capaces de hacer desternillar de risa al hombre más formal, ó un juego de ingenio que dió ocasión principal á un prosista como pocos para lucir todas las galas y primores del lenguaje. Para otros, divorciados de la perpetua obsesión de la gramática y del idioma, pero enamorados del sentido oculto de las cosas, un libro cerrado bajo siete llaves, que guarda sorprendentes y profundos secretos. Para los menos, un espejo clarísimo que puso Cervantes á los ojos de sus paisanos para que en él se miraran y conocieran, y, conociéndose á fondo,

se enmendaran. Yo creo, con los últimos, que no ya sólo del *Ingenioso Hidalgo*, sino de todas las obras del monarca de nuestras letras, se desprenden muy grandes y muy admirables lecciones.

Nadie predicó antes que él á nuestra raza, de una manera más amable, el Evangelio de la sensatez y de su regeneración moral, ni nadie puso más de relieve con su mágico pincel nuestros grandes defectos colectivos, la ociosidad, la soberbia, la intolerancia, que resurge siempre bajo nuevas formas, la idolatría del valor petulante y estéril, sin finalidad alguna, el amor á la aventura por la aventura misma, como lo practicaban los andantes paladines del mundo feudal y caballeresco. Y al propio tiempo que ponía al descubierto estas llagas de nuestro temperamento psicológico, vertía en ellas con cristiana caridad, cual consolador cauterio, la religión del amor y de la indulgencia.

Nuestros grandes triunfos militares del siglo xvi, iniciados con los laureles de Pavía, nos desvanecieron. La edad gloriosa, pero efímera, en que la nación española aspiró á imponer al mundo *un monarca, un imperio y una espada*, y en que produjo una cultura brillante como pocas, se tradujo en un sentimiento de ciega confianza y de arrogancia tan estéril como la del hidalgo manchego. Nuestros magníficos tercios se paseaban en inútiles triunfos por la Europa y la asombraban con su ardor marcial, su gentil apostura, su espléndido lenguaje, su bravura irresistible. Brantôme, el primero de los hispanistas de su tiempo, tomó una posta expresa para ver desfilar á su paso á Flandes los mosqueteros del Duque de Alba, que en su entusiasmo le parecían un ejército de príncipes y capitanes. No era menor la admiración de Maquiavelo por ellos.

Pero bajo aquella arrogante apostura, bajo aquel gran *fumo de fidalgo*, como le apellidaba el conocido escritor Guicciardini, la pobreza corroía la nación, los talleres y oficios se veían solitarios ó despreciados, y tan grande era nuestra miseria, que llegaba á pedirse limosna en las iglesias por el Rey nuestro señor. Nos aislábamos del mundo con una política cerrada é intolerante, y nos hacíamos odiosos á los extranjeros por el abuso de nuestro poder. Hay una literatura entera que refleja

esta antipatía. Mientras tanto la pereza y las campañas de Flandes y de Italia producían una hampa de delincuencia, una especie de flamenquismo, que atraía hasta á los jóvenes bien nacidos de aquel tiempo, al modo del Juan Carriazo y Tomás de Avendaño de la *Ilustre fregona*, y una milicia inválida ú holgazana, que se consumía en los hospitales ó en el ocio de las aldeas, como el alférez Campuzano del *Casamiento engañoso*, ó el soldado Vicente de la Roca del *Quijote*.

El arraigado defecto de la soberbia nacional es el que hace hablar á Cervantes en el *Persiles* (Lib. III, cap. XIX) de esta suerte, al referirse á la ciudad de Luca: "Allí, mejor que en otra parte alguna, son vistos y bien recibidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar á mostrar su condición tenida por arrogante." Al valentón de oficio y al soldado fanfarrón, al capitán Spavento ó Matamoros de los extranjeros, bien lo ridiculizó nuestro escritor, no sólo con aquel conocido soneto al túmulo de Felipe II: "Vive Dios que me espanta esta grandeza," sino en el tipo del citado Vicente de la Roca, recién llegado á su pueblo de las campañas de Italia, forzador y robador de doncellas, vestido á la soldadesca en su propia aldea, pintado de mil colores y que hacía tantos guisados é invenciones con sus galas y preseas, que había quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y más de veinte plumas. (P. I, cap. LI).

Han pasado tres siglos y todavía el carácter del héroe matón y perdonavidas es el que entusiasma á nuestro vulgo, y la España popular que ha tenido la desgracia de no sentir la hidalguía generosa de D. Quijote, acude todos los años á aplaudir en las tablas la aparición de D. Juan Tenorio, parodia del valor, que escarnece la virtud y atropella la razón y la justicia. Es todavía el mismo pueblo que se entusiasmaba en el siglo xvii ante la glorificación del sentimiento del honor quisquilloso y salvaje de los dramas calderonianos.

Bien caros ha pagado esos tradicionales defectos nuestra esforzada nación de trágicos destinos, que luchó por su Dios y por su Rey con la fe y la constancia de los Macabeos. Aquella

monarquía universal con pies de arcilla, fué sorda é indiferente á las enseñanzas que en el borde del precipicio parece haber escrito para ella el heroico Manco, cuya bravura le ganó el derecho á darlas. Se acercaban los tiempos á que Quevedo había aludido con voz profética :

Y es más fácil ¡ oh España ! en varios modos  
que lo que á todos les quitaste sola,  
te puedan á tí sola quitar todos.

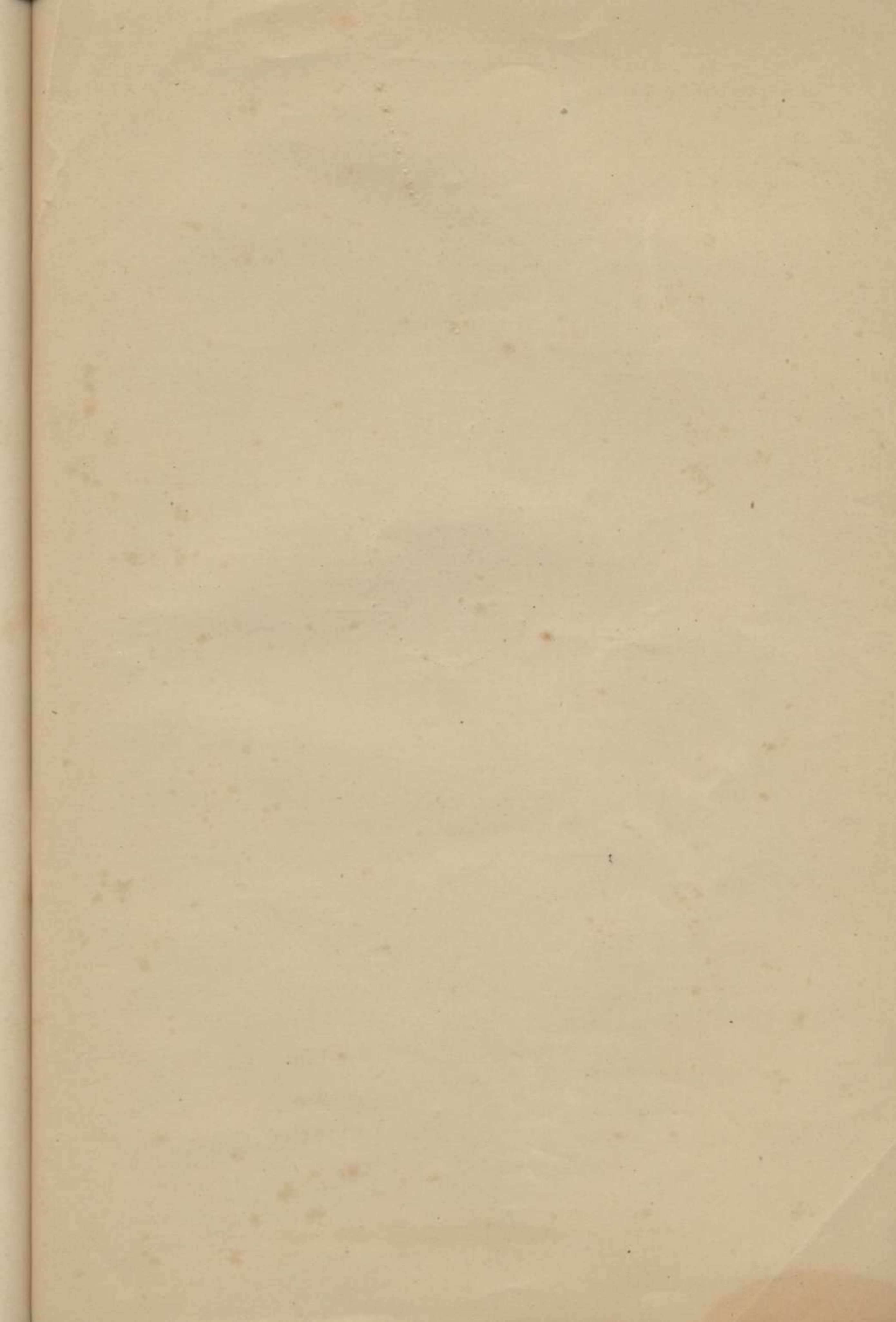
Nuestra magnífica soberanía, ceñida con la perenne diadema del sol, se hundía siglo tras siglo para siempre en el eterno pasado de la historia. De su espléndido imperio surgían todavía no hace un lustro y medio, por cima de las olas de dos inmensos mares, cuatro despedazados archipiélagos como destrozados restos de una gran catástrofe histórica ; hoy no le queda á nuestra heroica patria, que abrió á la civilización europea aquellos vastos mundos, ni un peñón siquiera en ellos en donde alzar su abatida enseña. Pero aun subsiste, para consuelo nuestro, la soberanía literaria, que con su pluma ganó á su patria el genio de Cervantes, y un grupo de diez y siete naciones hermanas que, como simpáticos rasgos de la fisonomía materna, guardan la fe de Cristo en sus pechos y un mismo acento en sus labios.

Los dulces tiranos de las letras y del arte, los apóstoles de la virtud y del progreso, esos son, en definitiva, los únicos que vencen y conquistan el mundo. De todas nuestras magníficas hazañas, la que más ha sobrevivido es la marcha triunfal de nuestro andante manchego, llevando en la grupa de Rocinante la hermosa lengua que por antonomasia se llama lengua de Cervantes, hasta los más apartados confines del globo, cumpliéndose al pie de la letra la profecía del Manco inmortal. D. Quijote es el que ha conquistado el corazón de la humanidad, inspirándola hacia España una inmensa simpatía, cuyas poderosas palpitaciones repercuten hoy, con júbilo de apoteosis, en su suelo, cual voz amorosa que la consuela de sus pasadas desdichas. D. Quijote es también el que hoy nos une á todos los españoles en un estrecho abrazo de amor y de concordia que ojalá no se desate jamás.

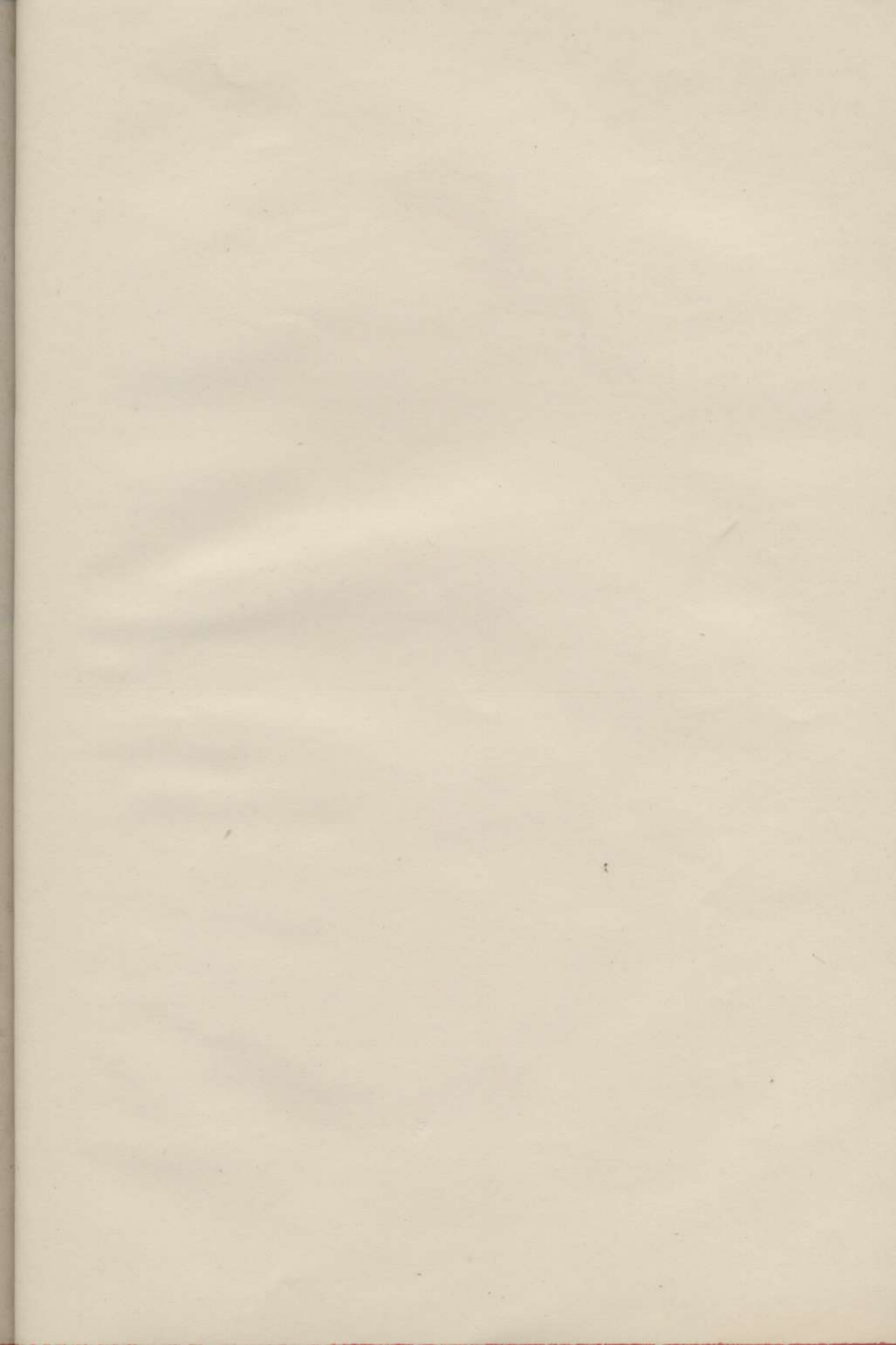




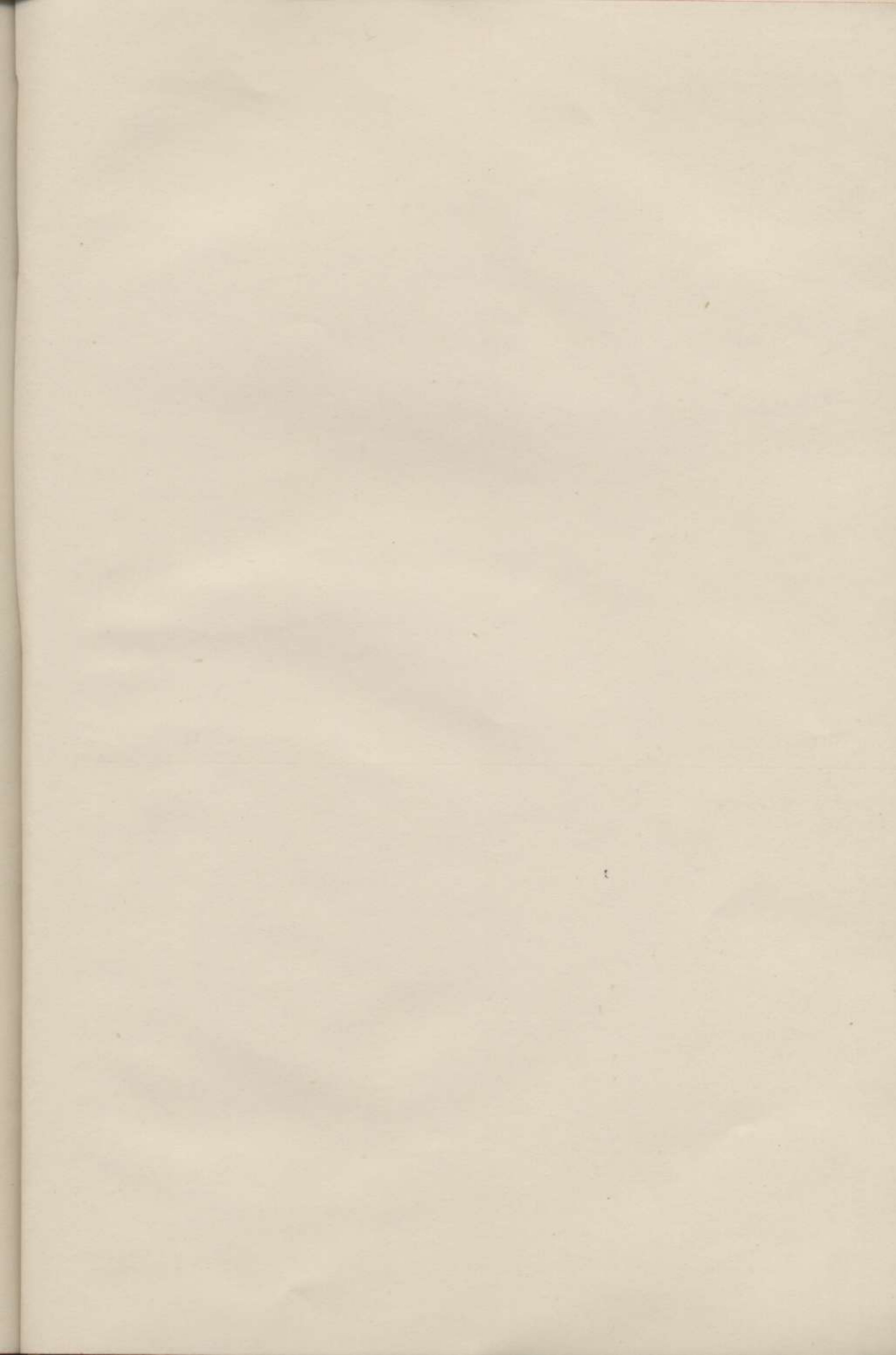


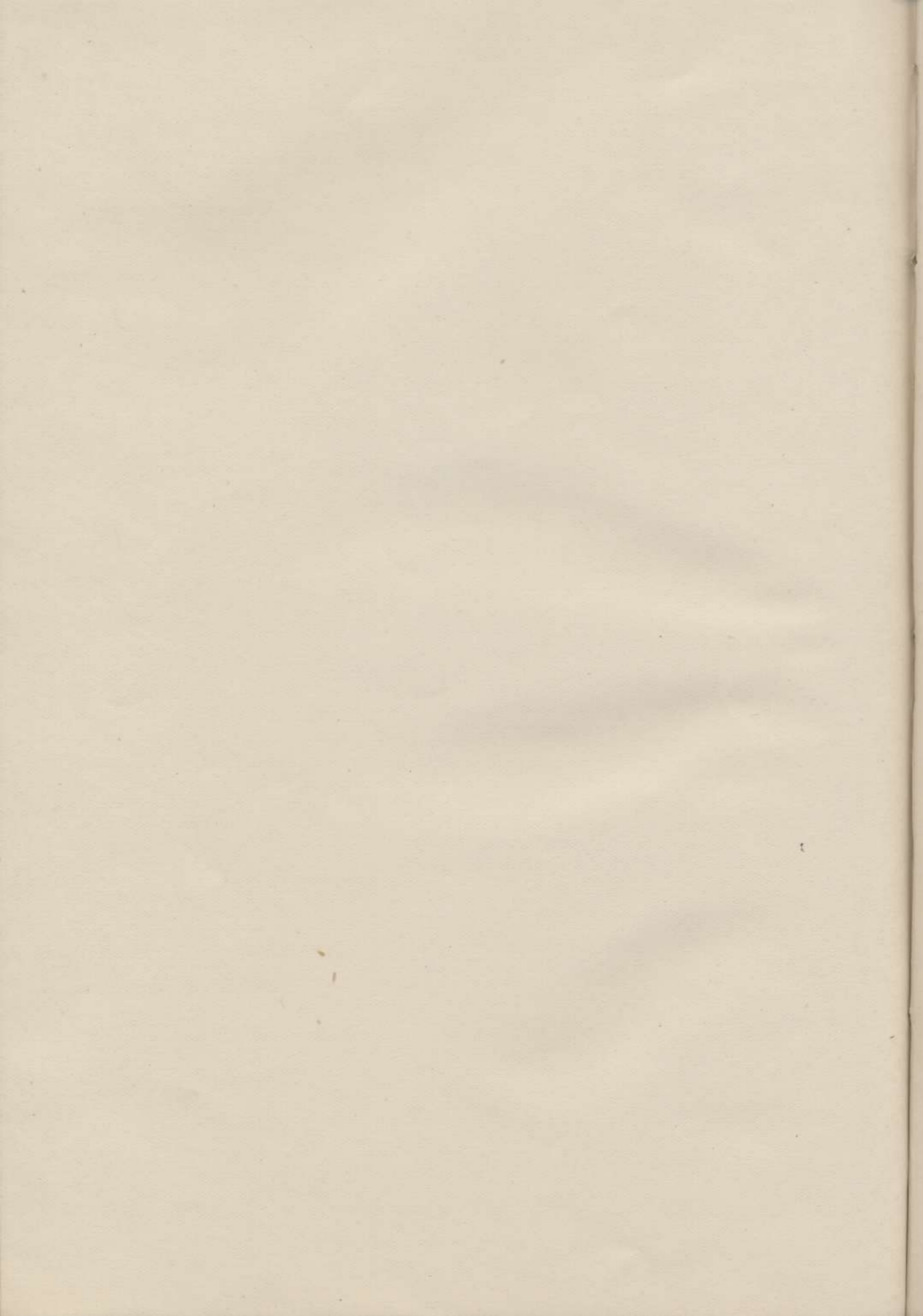




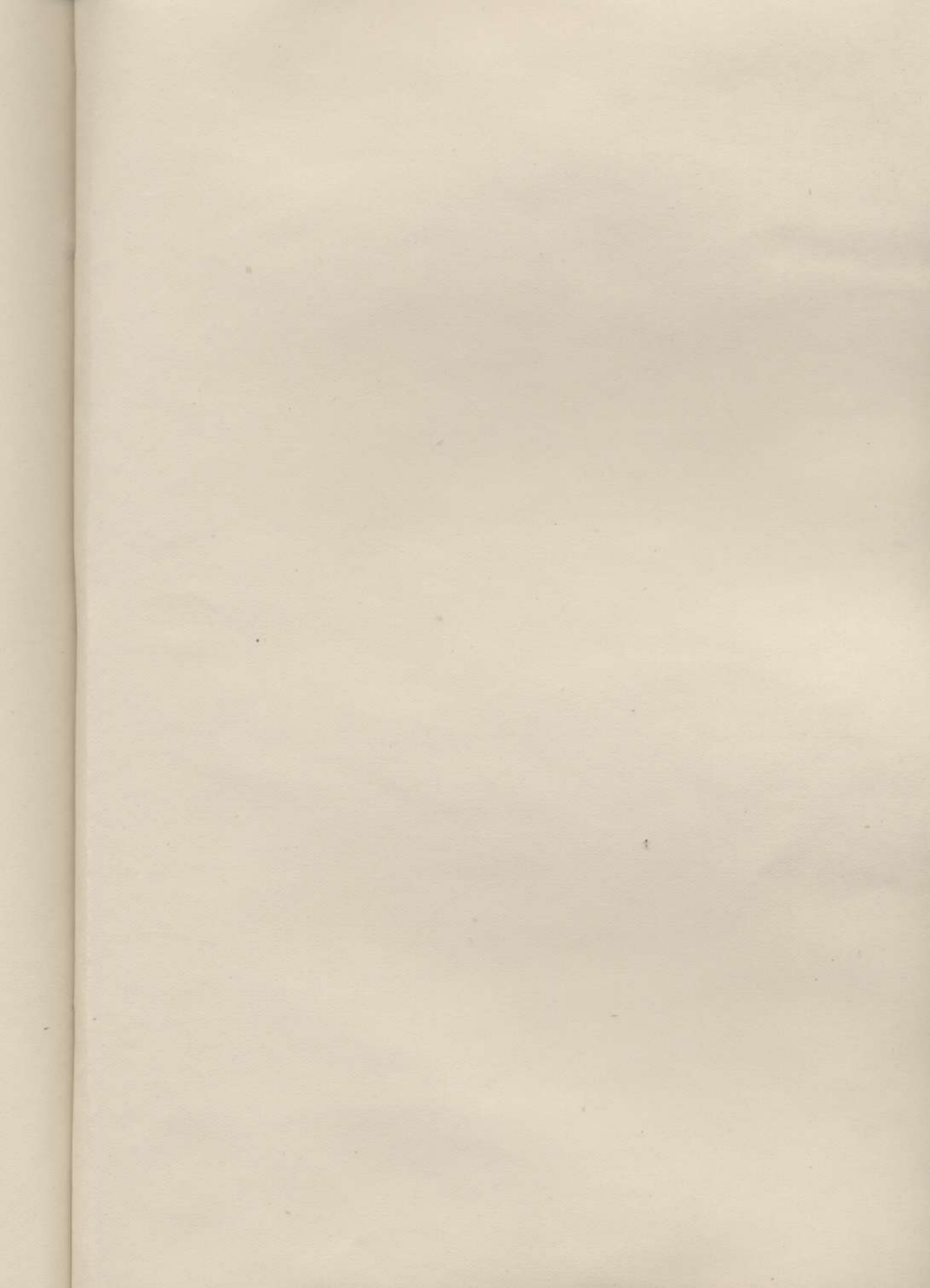


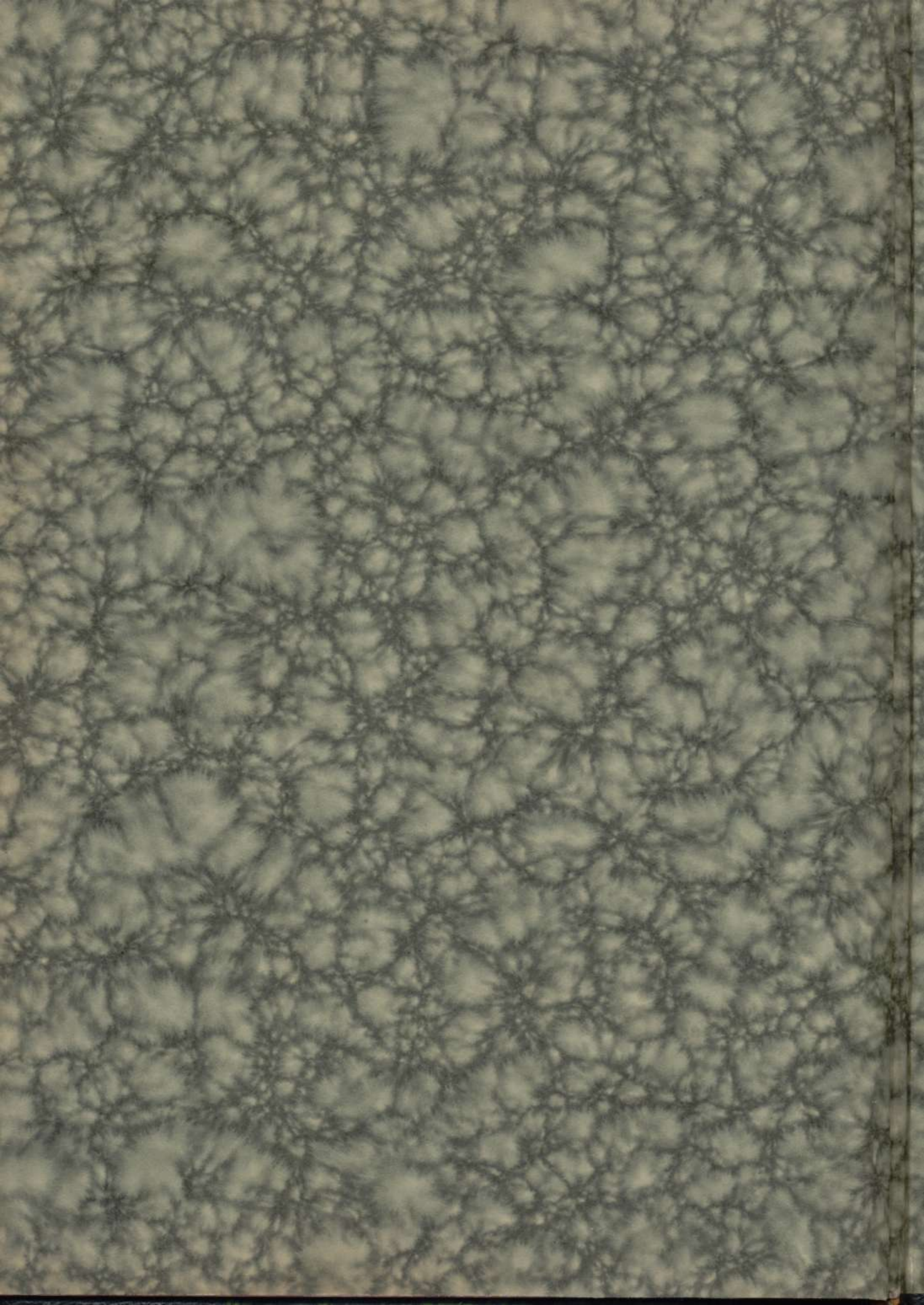












Nº 5  
Año 1905  
-831-

